

LIBROS

Catástrofes nucleares levemente noveladas

Con muy poca diferencia de tiempo han aparecido, traducidas, dos novelas sobre dos accidentes en plantas de generación de electricidad de origen nuclear (1). Estas dos obras, extraordinariamente semejantes entre sí, se esfuerzan por descubrir, con cierto acopio de elementos informativos de índole técnica, todo lo que empezaría a ocurrir a continuación de un accidente "máximo creíble" en el interior de un reactor nuclear. Seguramente (¿qué sabemos, en realidad, de un desastre de esta naturaleza?) el resultado de los siniestros descritos no es menos fiable que los datos, teóricos y fácilmente manipulables, de una computadora. Lo más probable es que la realidad supere a la novela.

Tanto "Proyecto Prometeo" como "La explosión" responden al ambiente de preocupación e ignorancia que todavía predomina en los Estados Unidos y Alemania Federal, así como en el resto de los países con centrales nucleares. Los autores se han informado, han estudiado la polémica existente sobre la seguridad de los reactores y han querido denunciar la endeblez de los argumentos propagandísticos a favor de la absoluta seguridad. Se trata de señalar posibles trayectorias fatales de los accidentes provocados por uno u otro motivo. En "Prometeo", el desastre lo originan algunos defectos de fabricación de elementos físicos no necesariamente vitales y la urgencia ciega en conectar a la red un reactor apenas puesto en marcha. En "La explosión" hay un sabotaje premeditado, un atentado triple obra de un maniaco.

La primera novela, más elaborada y completa, tiene en cuenta factores de gran impor-

tancia a la hora de enjuiciar el precipitado desarrollo nuclear: intereses industriales y comerciales que se imponen a la prudencia y la preparación de los técnicos, información pública prefabricada y fraudulenta, esquemas ideales de respuesta a situaciones de emergencia, etcétera. La segunda se entretiene detenidamente en analizar los horrores de una alarma nuclear, de las evacuaciones, de las tareas de rescate y descontaminación, de la hecatombe ocasionada por la nube radiactiva a su paso por las ciudades...

Efectivamente, el máximo accidente "aceptable" en una planta nuclear no es la explosión nuclear. Los científicos y los técnicos demuestran fácilmente que una central no es la bomba de Hiroshima. Pero, pese a la baja probabilidad que viene atribuyéndose a un accidente nuclear de naturaleza posible (por cierto, ¿cómo se puede evaluar una probabilidad de algo que todavía no ha sucedido?), cualquier aproximación a su análisis impresiona: algo improbable no deja de ser posible. El accidente, en estas novelas, empieza por la avería, casual o premeditada, en los circuitos de refrigeración del núcleo del reactor; si no entran en funcionamiento, debida y oportunamente, los sistemas de seguridad, una secuencia de efectos encadenados llevan a la fusión de las barras de combustible y de la cuba del reactor, a la destrucción de la vasija y de los recintos de protección y al escape, como "nube radiactiva", de la terrorífica masa de productos radiactivos de la fisión hacia la atmósfera.

Los relatos están novelados y adornados por tramas secundarias que resultan inevitables, aunque pueden dar una idea de que los trabajadores de una central no pueden comportarse con la perfección de una máquina insuperable. Debido al cansancio, la ambición, los celos, las dudas, etcétera, las situaciones-modelo en el funcionamiento no rutinario de una instalación de este tipo son absolutamente inviables; a la hora de la emergencia, los hombres pueden fallar tanto o más que los sistemas.

En "Prometeo", los directivos de la empresa dueña de la central siniestrada no están dispuestos a aceptar los hechos y a admitir que su mercado se va a cerrar por desconfianza. Después del accidente, toda una sucia trama de maniobras y presiones hará que los congresistas de la comisión investigadora desoigan los argumentos del director de la central (que aluden a deficiencias técnicas, urgencias en la puesta en marcha, etcétera) y deciden que sólo un atentado (que se considera más fácil de evitar que las mil imperfecciones de construcción) pudo ocasionar la tragedia. Y queda claro, a juzgar por los juicios oficiales y empresariales, que la gente no tiene más opción que acostumbrarse a vivir en el riesgo ("habrá que depender mucho más del destino"), dada la absoluta necesidad de las centrales nucleares...

En "La explosión", las motivaciones humanas hacen más hiriente aún el momento del desastre. Después de unos debates entre los ciudadanos descontentos y los técnicos de la central, el director de la planta

acabará acostándose con la líder de los contestatarios; la mujer del director, por su parte, y debido a su decepción ante la entrega total del marido a la central, mantiene relaciones con el idealista-mantaco que, después de sacarle información de la central, consumará el atentado contra las partes más delicadas del reactor.

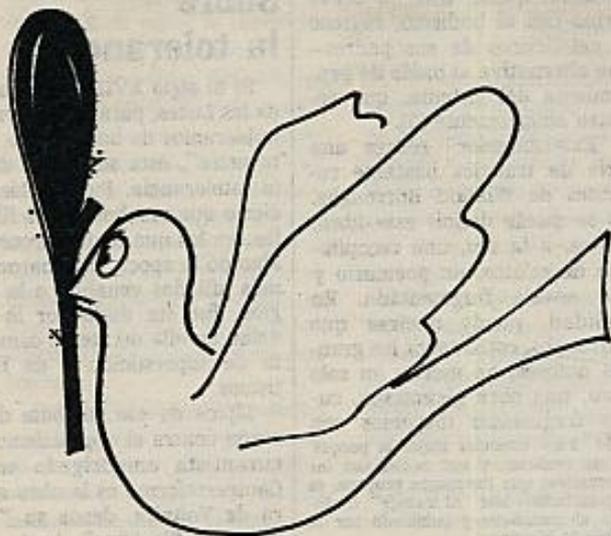
Estas dos novelas pueden surtir efectos superiores, en cuanto a contestación antinuclear se refiere, que decenas de artículos o conferencias de naturaleza crítica. Parece evidente que pronto (y si intereses superiores no lo impiden) aparezcan los primeros guiones cinematográficos, extremadamente aptos para una realización de gran efecto. Los relatos resultan, así, aparentemente novelados, pero de solidez "científica" poco discutible. ■ PEDRO COSTA MORATA.

Un saludo a William Burroughs

Desde hace unos pocos años se viene traduciendo al castellano parte de la obra narrativa de William S. Burroughs, uno de los más importantes novelistas de este siglo, que ha sabido introducir una nueva dimensión en la escritura. Concretamente, en este año, se han publicado aquí tres de sus obras más importantes: "Yonqui", "Exterminador" y "Las cartas del yage" (1). No es mi tarea el tratar de esclarecer el significado de todas las aparentes "claves" de la obra del escritor americano: una atenta lectura de ésta servirá para demostrar que no se trata de tales claves, que no hay misterios, sino una nueva manera de decir. Tampoco quiero hacer una introducción a la lectura de Burroughs; otros, como el escritor Mariano Antón Rato (2), lo han hecho mucho mejor de lo que yo po-

(1) "Yonqui" y "Exterminador" han aparecido en la colección *Azanca* de Ediciones Júcar, con una excelente traducción al castellano de Martín Lendínez, conocedor mítico no sólo de la obra de Burroughs, sino también de la germanía castellana en la que se expresan los marginados — drogadictos, homosexuales... — que Burroughs pone en escena. "Las cartas del yage" han aparecido en Star Books, de Producciones Editoriales (Barcelona), sin que figure nombre de autor, lo que a mí me parece una descortesía.

(2) La literatura stonal y aleatoria de William S. Burroughs", de Mariano Antón Rato; trabajo que apareció en la revista "Papeles de Son Armadans".



(1) Scortia, Thomas N., y Robinson, Frank M.: "Proyecto Prometeo". Bruguera, Barcelona.

Ziemann, Hans H.: "La explosión". Argos, Barcelona.

dría. Sin embargo, no puedo resistirme a escribir esto, que podría ser como un saludo a William S. Burroughs.

La literatura picaresca no ha muerto: puede decirse, incluso, que es una constante narrativa que no desaparecerá nunca. Empieza con la novela misma —con el "Satiricón", de Petronio— y continúa su camino hasta este mismo momento, hasta ahora, cuando los novelistas se plantean el hecho de la desintegración de su labor narrativa. Pues, en el fondo de toda aventura novelística, hay dos factores inevitables, la transgresión de la ley y la tentación autobiográfica. Y estos dos son los factores casi definitorios de la picaresca. "Yonqui", la primera novela publicada de Burroughs —y una de sus últimas obras editadas en España, por cierto— entra de lleno en la tradición picaresca: narración de una aventura al margen de la ley, del viaje a través de los Estados Unidos, hasta llegar a México, de un adicto a los opiáceos en busca incansable de farmacias, doctores complacientes y traficantes viscosos, que alimenten sus células con el imprescindible demonio químico que le mantendrá en funcionamiento. Se trata de una novela dura, fría, seca, que brilla con el marfileño resplandor de la realidad misma. No hay en ella ninguna concesión a la "literatura": su estilo tiene más que ver con la novela policíaca —más con el despojado Dashell Hammett que con Chandler, proljo en descripciones—, con la escritura barata, que con lo literario. No se pierde Burroughs en descripciones espejeantes de sus experiencias con las drogas —¿qué magia puede haber en los opiáceos?—, sino que describe la experiencia de la droga en sus detalles cotidianos, la influencia que puede tener un elemento químico externo en la vida diaria. En "Yonqui", Burroughs no es ni apologista de la droga ni moralista condenador: se limita a narrar, a contar algo que conoce bien por haberlo sufrido; tampoco incurre en el pecado, tanto literario como humano, de compadecerse de sí mismo y de presentarse como una víctima de las circunstancias, no: la droga, para él —y conste que bajo el término de "droga", tanto W. B. como yo, nos referimos a los opiáceos, morfina, heroína...—, es simplemente un modo de vida, tan válido o no como otro cualquiera. Cierta

que la droga es el mal, pero, desde luego, un mal cotidiano, no más venenoso ni más terrible que la "pesadilla de aire acondicionado" —como diría Henry Miller— en la que vivimos todos, no sólo los americanos, y de la que la droga es simplemente un factor más.

"Las cartas del yage" es la narración de una huida disfrazada de búsqueda: Burroughs narra sus experiencias en el continente latinoamericano, donde trata de escapar de las drogas y, al mismo tiempo, de realizar una nueva experiencia con el yage, la droga telepática de los brujos. Burroughs escribe cartas irónicas, frías, distantes, a su amigo Alen Ginsberg, contando su viaje alucinante a través de una realidad subdesarrollada: huye de la heroína y trata de encontrar en el yage lo que él llama "el fije definitivo", la experiencia con algo que podría ser la escapada total. Pero queda claro que el yage, como todo lo demás, no es sino una nueva ilusión. Las cartas de Allen Ginsberg a Burroughs, que cierran el libro, sirven como contrapunto, y demuestran la lucidez del primero: allí donde éste ve solamente una experiencia circunstancial, un acontecimiento ilustrativo, Ginsberg desca ardientemente encontrar a Dios, reanuda con una experiencia religiosa que es necesaria para su cordura. Las diferencias entre Burroughs y la "beat generation" quedan muy claras en este volumen: la mística de los "beatniks" no está presente para nada en Burroughs, que nunca buscará en la experiencia religiosa —sea ésta oriental, como en el caso de Ginsberg o Gary Snyder, u occidental, como en el caso de Kerouak, quien, tras un breve flirteo con el budismo, regresó al catolicismo de sus padres— una alternativa al modo de pensamiento del sistema, que rechaza abiertamente (3).

"Exterminador" recoge una serie de trabajos bastante recientes de William Burroughs. No se puede definir este libro, que es, a la vez, una recopilación de relatos, un poemario y una novela fragmentada. En realidad, puede decirse que Burroughs, como todos los grandes autores, ha escrito un solo libro: una obra gigantesca, cuyos fragmentos dispersos son

(3) Para entender mejor el porqué de ese rechazo, y ver cuáles son las alternativas que Burroughs propone, es imprescindible leer "El trabajo", traducido al castellano y publicado por la colección Maldoror.

las novelas que conocemos. "Exterminador" tiene completa la temática de Burroughs, y juega con las técnicas lingüísticas y escriturales que son constantes en todo su trabajo: una aparente inconexión de pensamiento que no es, en realidad más que una forma de reflejar el deslavazado continuo espacio-temporal en que vivimos, un modo de mostrar el entramado tenue, hecho de sueños y de realidades mal digeridas que llamamos "experiencia de lo cotidiano". Aunque se trata de textos separados, éstos pueden ser leídos también como parte de una narración continua. El mundo de Burroughs es lo que les da unidad.

Hay pocos escritores que sean a la vez demiurgos, creadores de mundos; éstos son los mejores, y William Burroughs es uno de ellos. Su forma de contarnos la realidad la recrea, la reconstruye. Examinando su narrativa, uno tiene que volverse de nuevo, en busca de antecedentes, al "Satiricón" tal como lo conocemos: una novela llena de lagunas, debido al paso del tiempo, el empleo de las técnicas del "cut up" y del "fold in" que hace Burroughs, dan una dimensión temporal a su obra: leer un libro suyo no es solamente un viaje espacial, a través del espesor del libro impreso, sino también un viaje temporal, una aventura a través de una narrativa salvaje. Cualquier sorpresa nos espera en William Burroughs. Cualquier sorpresa, incluso la de encontrarnos, mientras leemos, contemplando nuestro propio mundo, nuestra propia vida, nuestro propio rostro... ■ E. HARO IBARS.

Sobre la tolerancia

Si al siglo XVIII europeo —el de las Luces, para entendernos— hubiéramos de buscarle su "bete noire", ésta sería, sin duda, la intolerancia. Pues si bien es cierto que muchos de los filósofos, en los que tanto parece que abundó la época, destinaron sus más afilados venablos a la religión, fue sin duda por lo que veían en ella de fuente constante de superstición y de fanatismos.

Típica de ese combate de la razón contra el dogmatismo oscurantista amadrinado en la Contrarreforma es la obra entera de Voltaire, desde su "Diccionario filosófico" hasta sus

cuentos. Frente al sectarismo ambiente, frente al recurso constante a la autoridad como productora única de verdad, Voltaire iba a levantar la bandera del escepticismo, de la crítica, del libre examen.

Y es justamente en el centro de esa polémica civil a favor de la libertad de conciencia donde se sitúa uno de los opúsculos que más fama proporcionaron a Voltaire en su tiempo: su "Tratado sobre la tolerancia" (1). Voltaire lo escribió espoleado por un hecho dramático ocurrido en Toulouse en 1762 y que él mismo expone en el primer capítulo.

Aquel año moría asesinado "por la espada de la justicia", acusado y "convicto" de parricidio, un anciano comerciante calvinista. Según sus vecinos, había estrangulado a su propio hijo al sospechar su conversión al catolicismo. Cuando, algún tiempo después de la ejecución, se revisó el proceso, se pudo demostrar la falsedad de la acusación: el muchacho se había suicidado realmente en un momento de depresión, y el populacho, que había pedido la cabeza del comerciante, lo había hecho movido por su viejo odio hacia los hugonotes.

Indignado por aquel crimen, incomprensible "en un tiempo en que la filosofía ha progresado tanto", Voltaire decide escribir su opúsculo, donde tratará de demostrar el lado cruel y absurdo de los dogmatismos religiosos y la necesidad de superar "la rabia del prejuicio, de la superstición, de la inquisición: enfermedad epidémica que ha reinado en algunas épocas como la peste", como única manera de hacer más tolerable la sociedad.

Para apoyar su tesis sobre el carácter excepcional de la intolerancia católica, Voltaire echa mano de la Historia, donde busca como en un cajón de sastre: ¿Conocieron los griegos la intolerancia? ¿Fueron tolerantes los romanos? ¿Lo fue el Dios de los hebreos? Las respuestas, no exentas muchas veces de ribetes irónicos, son en todos los casos negativas. Si Yahvé parece demostrar cierta intolerancia en algún que otro momento, hay que decir al menos en su favor que los caminos de Dios son siempre inescrutables. Sobre los griegos no puede haber du-

(1) Edición, prólogo y notas de Palmiro Togliatti. Traducción de Carlos Ches y Manuel Sacristán. Grupo editorial Grijalbo.